

Décimo Tercer Domingo del TO B2021

Las lecturas de este domingo hablan de la importancia de la vida y la confianza en Dios. Muestran que Dios es capaz de realzar la vida en nosotros y de destruir todo lo que la disminuye. También nos invitan a confiar nuestra vida a Dios para que nos salve en nuestro momento de necesidad.

En la primera lectura, el libro de la Sabiduría afirma que nuestro Dios es un Dios vivo. Por tanto, todo lo que ha creado se ha hecho imperecedero. En este sentido, la muerte no viene de él, sino de la envidia del diablo que quiere destruir a las criaturas de Dios.

Lo que este texto nos enseña es la idea de la fragilidad de la existencia humana que está constantemente amenazada por la realidad de la muerte. También existe la idea de que Dios es el amo de la vida y su poder vence a la muerte. La última idea está relacionada con la certeza de que Dios da vida de nuevo a sus criaturas.

Este texto nos ayuda a comprender el sentido del Evangelio de hoy en que Jesús resucita de la muerte a la hija del funcionario de la sinagoga y sana a la mujer hemorrágica. El Evangelio comienza con la historia de uno de los funcionarios de la sinagoga cuya hija estaba enferma y que, empujado por la fe, le rogó a Jesús que la sanara. Luego, muestra cómo cuando esa niña murió, Jesús le devolvió la vida. A continuación, el Evangelio narra la historia de una mujer hemorrágica que, empujada también por la fe, tocó el manto de Jesús en medio de la multitud y fue sanada.

¿Qué aprendemos del evangelio de hoy? Hoy quiero hablarlos del toque sanador de Jesús y el poder de la fe. En la vida diaria, tocamos muy a menudo a las personas que amamos. Abrazamos a nuestros hijos; besamos a nuestros seres queridos. Tocamos los hombros de amigos, familiares y parientes. Este es un toque de relación, intimidad y amistad. Transmite los sentimientos que tenemos por ellos; contiene un mensaje que reconocen de una manera muy particular.

En el evangelio de hoy, Jesús pregunta a los discípulos: "¿Quién ha tocado mi manto"? Esto es realmente extraño e incluso tonto. ¿Por qué hacer una pregunta así cuando está rodeado de tanta multitud? No es la primera vez que Jesús se enreda en la multitud y se conmueve. Él mismo había tocado a la gente muchas veces en diferentes ocasiones, pero ¿por qué preguntar esta vez quién lo ha tocado? Ahí radica el punto del Evangelio de hoy.

El toque de Jesús es el toque de Dios; es un toque curativo. El toque sanador detecta dónde está la fe y es provocado por una expresión de fe. Jesús ejerce el toque sanador para mostrar el poder sanador del Padre que opera en él. El evangelio de hoy nos muestra claramente la conexión entre el toque sanador y la fe. Al funcionario, Jesús le dice: "No temas. Basta que tengas fe". A la mujer hemorrágica le dice: "Hija, tu fe te ha curado".

Está claro que la fe de la que habla Jesús no tiene nada que ver con el conocimiento de Dios o alguna doctrina acerca de Dios. Se trata de una confianza absoluta y segura en él de que puede librarnos de nuestros problemas y darnos lo que necesitamos. Por eso la mujer hemorrágica, en un simple gesto de confianza, se acercó por detrás entre la gente y tocó a Jesús con la firme convicción de obtener la curación. Y lo que quería con todo su corazón, le sucedió instantáneamente. Lo mismo ocurre con el funcionario de la sinagoga cuya hija Jesús resucitó de la muerte.

Tales ejemplos nos muestran que nada es imposible para Dios. Sin embargo, siempre debemos recordar que la curación de la mujer hemorrágica, así como la resurrección de la joven, tiene carácter de ejemplo. Por supuesto, la mujer y la niña fueron sanadas y

devueltas a la vida, pero finalmente murieron. Jesús los curó para mostrarnos que él es el amo de la vida y la muerte. Lo que ha hecho con estas dos personas, también lo puede hacer con nosotros, pero tenemos que confiar en él y creer firmemente en él.

Todo esto nos lleva a la distinción que tenemos que hacer entre la vida en la tierra y la vida en el cielo. Nunca debemos olvidar que esas dos personas murieron de muerte física aunque Jesús las curó una vez de su enfermedad. Esta es una señal de que la muerte física es parte de nuestra vida humana. Pero no es la última palabra de nuestra vida. La última palabra pertenece a la vida eterna y la resurrección en la que participaremos.

Sin embargo, la esperanza de la resurrección y la espera de la vida eterna no deben empujarnos a despreciar la vida presente en la tierra. En cambio, deberían llevarnos a usar las condiciones actuales de la vida con sabiduría, sabiendo que aquí en la tierra, solo somos peregrinos. Cuando Dios nos sana, nos deja saborear con anticipación el gozo del cielo.

Mientras tanto, tenemos que ayudarnos unos a otros tanto como podamos para aliviar el sufrimiento de los demás hasta el día en que todos compartamos la resurrección de Jesús en el cielo. Tenemos que convertirnos en instrumentos del toque sanador de Dios para los demás. Tenemos que ayudar a otros a sentir el toque sanador de Cristo en sus vidas.

Ahora, permítanme terminar refiriéndome al momento de la curación. Fue solo después de gastar todo su dinero en visitar a los médicos que la mujer enferma se encontró con Jesús y fue sanada. De la misma manera, fue solo después de que murió la hija del jefe de la sinagoga que Jesús llegó a su casa y la resucitó de la muerte. Pero, ¿por qué Dios nos deja agotar nuestras energías y fuerzas, e interviene en nuestros problemas solo en el último minuto?

Yo realmente no sé. Este es un gran misterio que no puedo traspasar con mi entendimiento humano y mortal. Espero que algún día, cuando el Señor me dé la oportunidad de verlo cara a cara, esta sea una de las preguntas que le haré. Sin embargo, lo que puedo decir es que el tiempo de Dios no es el tiempo humano. El tiempo humano se refiere al calendario humano, el tiempo de Dios es eterno y está fuera de los cálculos humanos. Antes de él, "mil años son como un día" Sal 90: 4.

Lo que consideramos como una eternidad de nuestros problemas es como un instante ante Dios. Quizás lloremos y esperamos meses o años con nuestras dificultades con la impresión de que dura demasiado, pero para Dios es como si estuviera sucediendo. En el tiempo de Dios, todo está siempre presente como si estuviera sucediendo instantáneamente. Es por eso que nunca debemos desanimarnos cuando luchamos con problemas y dificultades. Tenemos que confiar en que Dios eventualmente pondrá fin a nuestra miseria cuando llegue su momento.

Pidamos, entonces, a Dios que aumente nuestra fe y confianza en él. ¡Que nos ayude a contar siempre con él! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Sabiduría 1: 13-15; 2: 23-24; 2 Corintios 8: 7, 9, 13-15; Marcos 5: 21-43



Fecha de la Homilía: el 27 de Junio, 2021
© 2021 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20210627homilia.pdf